

**DOCTOR HONORIS CAUSA PETER HANDKE
LAUDATIO
GEORG PICHLER**

Excelentísimo señor Rector, autoridades presentes, estimadas señoras, estimados señores, querido Peter Handke:

Quiero dar las gracias a la Universidad de Alcalá, representada aquí por su Rector, Fernando Galván, por haber hecho suya nuestra propuesta de conceder el título de *Doctor honoris causa* a Peter Handke; y quiero agradecer a Peter Handke que haya aceptado esta propuesta exponiéndose hoy a este rito académico.

La primera palabra en español que piensa, sin darse cuenta, un personaje de Peter Handke es “nieve”. Es navidad de 1989, el narrador del libro escribe casi en tiempo real sobre su estancia en una de las ciudades más remotas de España, Soria, a la que ha venido en busca de algo que no encontrará allí, o solo lo encontrará en una película inglesa que ve en un cine: un *jukebox*, ese aparato de música, frecuente refugio de su juventud. Lo que el narrador, y con él el autor del libro, sí encuentra en la capital castellana son una cultura, un paisaje, un arte y una literatura que le acompañarán durante los próximos años y que se convertirán en el trasfondo de más de una docena de libros.

Soria fue una de las paradas de un viaje de tres años, entre 1987 y 1990, que Peter Handke había emprendido por el mundo, en una de sus épocas de cambio vital. Visto desde ahora, la vida, la escritura de Handke han sido una secuencia de transformaciones en busca de la poética adecuada a cada momento. Muy joven, con apenas 24 años, Handke se había convertido en la estrella pop de la literatura en lengua alemana que osaba insultar al público y echar en cara a los grandes nombres de la literatura germana su “impotencia descriptiva”. Handke se declaró un “habitante de la torre de marfil” oponiéndose a la ideologización de la vida que propugnó la llamada generación del 68, para seguir su particular búsqueda literaria a través de un yo abolido por la politización del momento. Fue, otra paradoja, el outsider literario que vendía más libros que muchos otros, libros complejos, y fue el hijo de una madre que

buscó la “muerte libre”, como se dice en alemán, y a la que dedicó uno de los textos más impactantes sobre la degradación social de una mujer en la posguerra austriaca, *Desgracia impenable*.

Tras una fuerte crisis existencial y literaria, surgió el Handke “clásico”, con casa en Salzburgo, que se medía, a su manera, con los grandes nombres de la historia universal de la literatura y del arte, con los griegos, los romanos y con Goethe al que convirtió en “su poeta”. Una época en la que la introspección dio paso a una cada vez mayor observación de la naturaleza y el hallazgo literario del andar como manera de descubrir el mundo.

A principios de los años noventa, después del mencionado viaje de tres años alrededor del mundo, Handke se estableció en una casa en las afueras de París en la que vive hasta hoy. Comenzó la etapa del Handke “político” con sus libros sobre la tergiversación de la realidad por parte de la prensa en el conflicto de los Balcanes, de su importante reivindicación de la resistencia eslovena contra el nacionalsocialismo. A la vez es la etapa del Handke “épico” que retrata el mundo, su mundo, en grandes narraciones: *Mi año en la bahía de nadie*, *La pérdida de la imagen o A través de la Sierra de Gredos*, *La noche del Morava* y, en un libro que saldrá este otoño, *La ladrona de frutas o Simple viaje al interior del país*, sin dejar de lado sus innumerables obras en prosa, más breves y más concentradas.

Es difícil saber si Peter Handke vive escribiendo o si escribe viviendo. Hay pocos autores en los que la frontera –o para utilizar una palabra clave de Handke: el umbral– entre realidad y ficción, entre vida y obra es tan fina que, en última instancia, resulta obsoleta ya que la literatura forma parte de la vida y la vida no es sueño, sino material sin labrar para transformarlo en literatura. “Estas tablas no significan ningún mundo. Pertenecen al mundo”, decía el joven Handke en su primera obra de teatro, *Insultos al público*. Prueba de esta compenetración son los “libros de apuntes” que han acompañado al autor desde siempre. En ellos, en sus reflexiones, observaciones y descripciones, se pueden leer no solo los pensamientos espontáneos del autor o hallar los rastros de una obra en ciernes, se encuentran también frases reveladoras como ésta: “En medio de la escritura estamos en la muerte, estamos en medio de la vida”.

La escritura de Peter Handke es, en primera instancia, física, es la palabra tangible, como él mismo apunta: “Ésta es una frase tranquila que vibra a la vez”. Y consiste en el intento de narrar el narrar narrando, es decir, hacer visible el proceso de narrar, convertirlo en parte integral del texto mismo. La poética de Handke no sigue un programa elaborado sino está en constante desarrollo, se deja influir, penetrar por las vivencias y lecturas del autor, en un acto de enfrentarse escribiendo, en cada momento, a la realidad y a sus propias verdades. Eso implica un rechazo absoluto de los tópicos sociales, como apunta en uno de sus cuadernos: “Conseguir vivir más allá de la consciencia, de las opiniones, imaginaciones de los demás”.

A pesar de su gran presencia en el mercado del libro y en la prensa, y pese a haber sido tildado de “única estrella mundial entre los poetas austriacos”, Peter Handke siempre se ha mantenido en los márgenes del llamado mundo literario, ha seguido sus propios cauces, ajeno a las modas. Es casi un milagro que su escritura particular, enrevesada, fiel a sí misma a pesar de o gracias a todos los cambios que ha dado, que sus textos periféricos, antdidácticos y anticonvencionales, que exigen al lector un compromiso intelectual con el acto de leer, que sus libros sigan llamando la atención en un mundo literario que se ha trivializado, que se rige cada vez más por los números en vez de por las letras. En una entrevista, el propio Peter Handke compara el ambiente literario de los años sesenta con el de ahora. Entonces las preguntas eran: “¿Qué es escribir, cómo se escribe, por qué se escribe, está permitido escribir?” Y continúa: “Yo sigo percibiendo aquel umbral, la idea de que, en el fondo, la escritura no debe ser. Hoy existe una enorme versatilidad que, por un lado, es agradable, por otro, cuestionable. El haber superado este umbral: en eso consistía el éxito”. Un éxito no social sino ante uno mismo: una escritura necesaria que se autojustifica por su mera existencia, en eso debe consistir la tarea del escritor.

De ahí que la poética de Peter Handke resulta política en el sentido más amplio de la palabra. Handke concibe la literatura como medio para percibir y, a la vez, cambiar el mundo, tanto por el contenido de sus textos como por la fuerza inherente a la palabra, a la poesía, y por la fe en el poder transformador del arte. Un arte que establece un diálogo con los lectores y a través de los

tiempos, al igual que Handke lo hace con sus predecesores. Así, por ejemplo, en *La pérdida de la imagen* se interpone de repente “una mano que escribía a la luz de una lámpara de aceite, que escribía y escribía y escribía –en un ritmo que [la protagonista] hasta ahora no había visto nunca– con plumilla de acero y tinta negra”; esta mano no es otra que la mano de Cervantes.

Con lo que hemos vuelto a la “nieve”, la primera palabra que el narrador/autor Peter Handke pensó en español, y a su relación con España. Peter Handke es uno de los pocos escritores en lengua alemana que se han inmerso en la cultura española. La España de Handke la pueblan autores como Miguel de Cervantes, Antonio Machado, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, María Zambrano, en ella confluyen el románico de muchas iglesias grandes y pequeñas, los paisajes de Castilla, de La Mancha, de Andalucía o de Catalunya en un juego de impresiones y asociaciones que retratan el país, su historia y su cultura de forma subjetiva y literaria. Handke lo hace a su manera, mezclando el paisaje, la lengua, la geografía de España con la de otros países, sobre todo con su “país soñado” Yugoslavia. España aparece como España, pero es, a la vez, un lugar que representa el mundo. Así, por ejemplo, a la estepa española se superpone otro paisaje hermano, el *karst* balcánico, para albergar en ella una localidad llena de violencia, crimen y asesinatos. El único punto sosegado en este pueblo inhóspito se encuentra en la literatura, en “unos grandes almacenes de libros” de seis pisos “en los que lucen pilas del mismo título, desde el nivel uno hasta el nivel seis, todos estos millones de ejemplares del mismo grosor, con los mismos colores en la sobrecubierta”. Solo “arriba, en el sexto y último piso” destaca un libro que parece haberse caído de las largas filas de estanterías, quedándose colgado en la decoración que imita una red de pescadores, “un libro con las páginas abiertas hacia abajo, de un grosor distinto del de los demás, sin sobrecubierta, con marcas de haber sido leído”, de modo que “si uno tiene unos prismáticos a mano para enfocar el libro [...] podría descifrar: ‘En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía...’”

Solo me queda por añadir:

“En virtud de los méritos indicados y del acuerdo tomado por el Claustro de la Universidad de Alcalá, solicito al Señor Rector que se proceda a la investidura del Dr. D. Peter Handke como Doctor Honoris Causa por esta Universidad”.